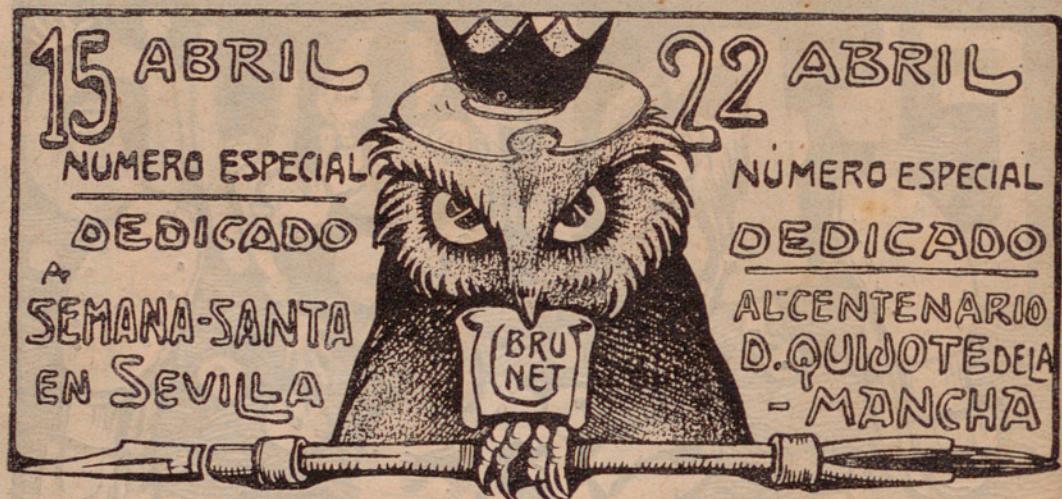




LA HUELGA ESCOLAR.

UN MINISTRO MANTERDO.

10 céntimos



EDGAR ALLAN POE

*Caught from some unhappy master whom
unmerciful Disaster,
Followed fast and followed faster till
his songs one burden bore...
Till the dirges of his Hope that
melancholy burden bore
Of 'never... never more!'*
(THE RAVEN.)

Cuatro horas permanecí en Baltimore. Mi compañero de viaje, un americano de Boston, me propuso irnos á visitar la ciudad.

—No—le dije—; hay aquí en Baltimore algo que me interesa más.

Y á su mirada interrogativa contesté:

—Las cenizas de un hombre, de un compatriota vuestro, un bostonense como vos: Edgar Allan Poe. Mi compañero me miró sorprendido.
—¡Cómo!—exclamó—; está enterrado aquí?
—¡Ah! ¿lo ignorabais?
—Absolutamente.
—Pobre genio!—pensé alejándome.

Media hora después me descubría con respeto ante el modesto monumento que la piedad, la admiración, ó acaso el remordimiento de alguien, ha levantado para perpetuar la memoria del inspirado trovador de *Annabel Lee*.

La inmensa mayoría de los norteamericanos, aun los más versados en asuntos literarios, no pueden contener un gesto desdénosamente compasivo cuando se les pide su opinión acerca de Poe.

Los más indulgentes se limitan á decir en tono indiferente: “¡Lástima de talento que no supo ó no quiso emplear sino para el mal!” Los que no perdonan una falta cometida contra la moral (y estos abundan) se limitan á encogerse de hombros, exclamando: “Edgar Poe? Sí, ¡valiente loco! Por fortuna, no ha encontrado muchos imitadores en nuestro país!....”

Si después de acalorada discusión les obligais á confesar que aquel loco era un genio, no lo admitirán sin añadir que, genio y todo, era un *bad man*.

Un mal hombre; en estas tres palabras comprendían los americanos el concepto que les merece Edgar Poe (1).

—Era un prosista admirable.
—Sí; pero estaba lleno de vicios.
—Fue uno de vuestros más grandes poetas.
—Indudablemente; pero era un misántropo.
—Su cultura y ilustración eran vastísimas.
—No lo negamos; pero durante toda su vida fué un ingrato, un borracho y un *bad man*.

—¡Ah!— exclamais apenado—. ¡No lo habeis comprendido; no habeis sabido apreciar sus grandes méritos, sus innegables virtudes, y, no contentos con haberle dejado perecer de hambre, os negais á pagarle, aun después de muerto, el tributo de admiración á que por su genio se hizo acreedor!

El americano á quien apostrofeis de esta suerte responderá con altivez:

—Vosotros, los extranjeros, exagerais los méritos de Poe, á quien, después de todo, no pretendereis conocer tan bien como nosotros...

Y si tratais de convencerle de que está equivocado, añadirá:

—Sería mejor que nos dejaseis en paz. Poe ha sido pagado, *muy bien pagado*. Le hemos dado cuanto merecía y acaso, acaso algo más...

Entre todos los escritores americanos, y no creo exagerar si digo entre todos los escritores del pasado siglo, pocos tan conocidos y celebrados como Edgar Poe.

Prosista castizo en *Morella* y *Ligeia*; poeta inspiradísimo en *The Raven* y *Annabel Lee*; narrador ameno y exacto en *Manuscrito encontrado en una botella* y *Aventuras de A. Gordon Pym*; cuentista notable en *El Pozo* y *El Péndulo* y *El Gusano de Oro*; crítico de altos vuelos en *Vida literaria de Thimgum Bob Esq* y en *Reglas para escribir un artículo para The Blackwood*; dialoguista admirable en el *Cologio de Monas* y *Una y Conversación de Eiros y Charmion*; pensador profundo en sus *Apuntes Literarios*; periodista de mérito en sus editoriales del *Evening Mirror* y en sus crónicas de París; aplaudido con entusiasmo por sus producciones de todas clases, admirado por su genio, su nombre, sin embargo, ha pasado á la posteridad escarnecido y manchado. Para todo el mundo (para una gran parte al menos) Edgar Poe fué un *bad man*.

En el diccionario enciclopédico de Pierre Larousse se solo aparecen dos líneas al pie de su retrato:

«Poe, Edgar. Literato americano de mucho genio, pero loco, y hombre de malos hábitos.»

Según Griswold, el autor de *Hans Pfaall* era “un bohemio de mal género, completo dipsómano, desprovisto en absoluto de sentimientos nobles, envidiando hasta el odio, lleno de vanidad, de corazón frío e insensible á todo, aun al amor.”

Enemigo personal del poeta, cuyo ingenio enviaba, iué Griswold quien primero escribió su biografía; y este hecho ha bastado para que el pueblo (adorador eterno de la letra de molde) no vacilara en creer las infames acusaciones del biógrafo.

Hoy, después de transcurrido tanto tiempo, empieza á lucir la verdad.

Se ha llegado á demostrar que el calumniado genio, lejos de ser un malvado, fué una víctima de la sociedad.

Como casi todos los bohemios intelectuales, Poe fumaba y bebía con exceso. Pasaba la vida entre nubes de tabaco y sorbos de *absinthe*. Pero estos defectos (si defectos pueden ser llamados esos *habitos* cuando, como en su caso, llegan á convertirse en imperiosa necesidad psicológica y fisiológica del escritor) bien pueden serle perdonados en gracia á que sus creaciones más hermosas surgían siempre de su cerebro envueltas en los vapores de la embriaguez.

Por otra parte, es un hecho probado hasta la evidencia que Edgar Poe, tan pronto contrajo matrimonio (y entonces acababa de cumplir 26 años), abandonó sus antiguas costumbres, consagrándose por completo á la existencia tranquila y dulce del hogar.

La vida del poeta desde aquel momento bien puede presentarse como modelo digno de imitación.

Un joven y bella esposa Virginia, á la que amaba tiernamente, no tardó en enfermar y en poco tiempo su dolencia revistió alarmante gravedad.

Poe residía por aquella época en Fordham, pequeño caserío que constituye hoy un barrio rural de Nueva York, y colaboraba con asiduidad en varios diarios y revistas.

Era aquel, sin embargo, el *periodo triste* de la literatura americana. Los literatos y los artistas se consideraban afortunados cuando ganaban lo suficiente para vivir. Tan mal retribuidos estaban los primeros, que Edgar Poe (trabajo cuesta creerlo!) solo obtuvo DIEZ PESOS (!!) por *The Raven*, su poema inmortal.

Por sus magníficos artículos para el *Southern Literary Messenger*, en cuyo periódico publicó sus más famosas composiciones, solo percibía un mezquino salario de CINCUENTA PESOS AL MES (!!)

Su constante, su única aspiración era encontrar los medios de procurar comodidades á su pobre Virginia, que languidecía como una flor. Para lograrlo trabajaba febrilmente á todas horas, sin detenerse un momento, "porque eso le parecía un acto de pereza imperdonable".

A su protector y amigo Mr. Willis, editor del famoso *Home Journal*, escribió en 1846, un año antes de la muerte de su esposa, estas frases, que revelan su modestia y su incansable actividad:

"Le incluyo un poema que concluyó anoche, y le ruego tenga la paciencia de leerlo y la benevolencia de aceptarlo.

Al mismo tiempo le suplico diga en el periódico algo (bueno) acerca de esta composición. Recuerdo que el éxito de *The Raven* se debió en gran parte á los encomiásticos artículos que usted le dedicó.

Me ocupo en la actualidad en escribir varios cuentos, y si me lo permite se los enviaré."

¡Qué commovedora aquella escena junto al lecho de muerte de su esposa!

La nieve azotaba con rabia casi humana los cristales: el viento gemía lugubriamente entre los árboles del jardín. Edgar Poe lloraba como un niño. Su Virginia, su ángel, iba á desaparecer para siempre, dejándole sumido en la más espantosa soledad.

¡Qué escena aquella de dolor y desesperación!

El poeta, arrodillado junto al lecho, se esforzaba en reanimar con sus ardientes besos el inanimado cuerpo de su esposa, mientras que su gato favorito, acurrucado sobre el pecho de la pobre niña, parecía que trataba de comunicarle su calor...

La muerte de aquel ser, todo amor, todo ternura, fué la señal para un cambio radical en el carácter de Poe.



Mire por donde Lesseps,
desde el mundo ultraterreno
tendrá, aunque no quiera, que
dar gracias á don Tíberio.

Si él hubiera sido rico ó si los que explotaban su genio le hubieran pagado bien, **ELLA** no habría muerto, pensó.

La sociedad había matado á su Virginia; él juró odio eterno á la sociedad.

Tornóse misántropo. Víctima hasta entonces, trató de convertirse en victimario.

Sucumbió en la demanda; y hoy un modesto monumento señala el lugar donde cayó.

Si alguna vez pasas por Baltimore, lector, vé á descubrirte ante ese monumento, y ¡ojalá! que al doblar la rodilla puedas, como yo, exclamar ¡Perdónalos! y no te veas obligado, como otros muchos, á murmurar:

¡Perdon!

RAFAEL CONTE.



En plena Cuaresma



—¿Son frescos?

—Y gordos.

—Esa no es razon; porque mi mujer está gorda, y, sin embargo, no está fresca.

¡SE COMPRENDE...!

Es Juan un desgraciado que á cada paso lo podreis hallar por lo último que ocurra entusiasmado, puesto que se consigue entusiasmar en cuanto de algo empieza el vulgo á hablar.

A Juan le habló un vecino del inmortal Peral y de su invento, y el tal Juan al momento fué entusiasta sin par del submarino.

De Cristóbal Colón el centenario llegó, y el pobre Juan, dispuesto á todo, presa de un entusiasmo extraordinario, se puso á manejar, del mismo modo que antes para Peral, el incensario para el sabio profundo que supo descubrir un nuevo mundo.

Vino la guerra, y el furor guerrero se despertó en su alma en tal medida que, bravucon y fiero, la sangre y el dinero quisó que dieran todos, y la vida.

Un hijo le nació y al pobre rorro puso el nombre del héroe de Cascorro... Hoy tambien su entusiasmo ha dado un bote y su gran patriotismo, al despertar le dice qué es preciso celebrar ahora el centenario del *Quijote*. ¡Y cómo surge el entusiasmo santo hoy en Juan por el héroe de Lepanto...!

A su mujer, aunque la pobre es fea,

hále dado en llamar su Dulcinea. A su portero, que es un zapatero grueso, lustroso, alegre, achaparrado, quiso buscar tambien nombre apropiado, y llama Sánchez Panza á su portero.

Cuando á cobrarle el cuarto va el casero y él no tiene dinero, suelta furioso un taco, le llama malandrín, follon, bellaco y jura el pobrecillo que asaltará un gigante aquél castillo...

Mas es bien de notar que, sin poder dudar del sincero entusiasmo que Juan siente, se advierte en él que encuentra inconveniente la que él juzga manía del ingenioso hidalgo de comer cualquiera fruslería y en comida frugal y parco ser.

—Quizás en otra edad— afirma el pobre Juan filosofando— así pudieran irse alimentando; pero hoy lo creo una barbaridad. Tal es mi convicción que ni un momento dejaré de comer.... Hay que advertir que á Juan un nombramiento dieron antes de ayer de empleado de nuestro Ayuntamiento.

JAIME ALEMANY.

POR DONDE VIENE... ¿EL CASTIGO?

(ENTREMES SACRISTANESCO INOCENTON DE VERAS)

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

El sacristan; El feligrés

Lugar de la escena: La sacristía de una iglesia parroquial en un lugarezco. Es de día, á media tarde.

ESCENA ÚNICA

El feligrés. Pos me sabe mal, ¡repolaina!.. Creí encontrarle al señor vicario aquí..

El sacristan. (Medio compungido.) Si quieras aguardarle, siéntate, hombre.. Como ha ido al huerto del tío Quirique..

El feligrés. ¿Al huerto del tío Quirique?.. ¡Ay!.. (Suspira profundamente).

El sacris. ¿Qué te pasa?

El feligrés. Una y gorda

El sacris. Pero ¿no te encuentras ya mejor de la cojera?

El feligrés. Pior, querrá usted decir ¿No ve que apenas puedo...?

El sacris. Siéntate, siéntate.. O si quieras volver

El feligrés. ¿Golver?.. Hi guelto tres veces con esta. Porque... ¡amos! que lo que á mí me pasa, es muy gordo y del señor vicario espero yo consejo. ¿Verdá que él sabe mucho?

El sacris. Remucho.

LA BEATIFICACION DE JUANA DE ARCO



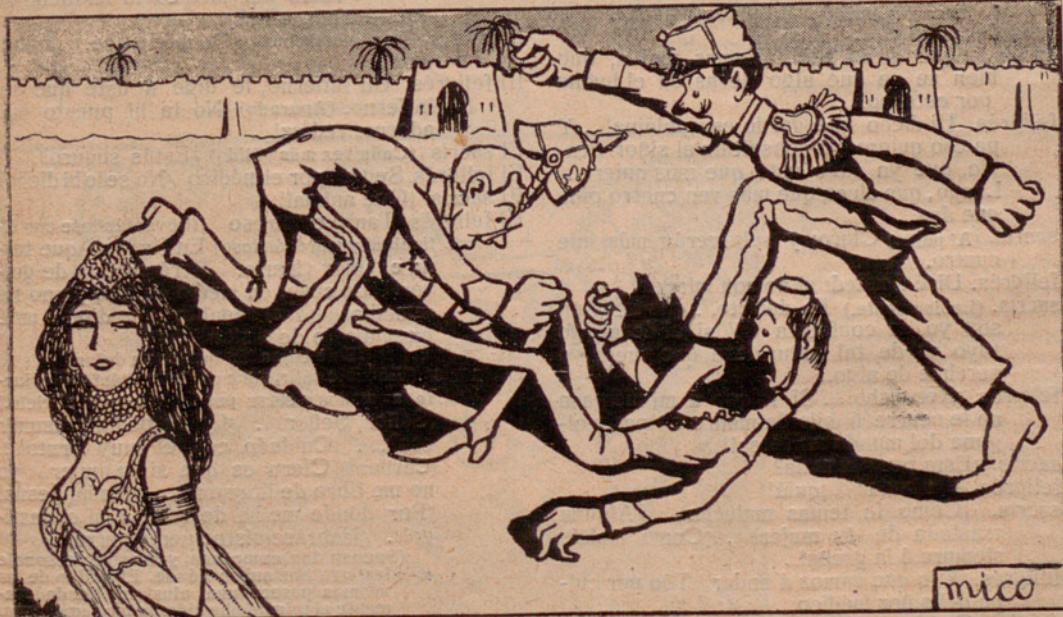
Y mientras más la estudian, más la ennegrecen con su propia tinta.

El feligrés. Y que á mí ná me ocurre que no venga á consultále, ¿eh?.. Mesmamente que cuando le he atizao á mi mujer, que sé lo hi dicho apenas hecho..

El sacris. Cabal, pero no antes.

El feligrés. ¿Antes de atizála?.. ¡Tié gracia! ¿Sé yo acaso cuándo se me va á ir la mano?.. Los pecaos no se confiesan si los dimputés que son tales. Y pa ser tales, pos hay que cometélos.

La cuestión de Marruecos



Con tal furia han emprendido
el afán de disputar

que no se han apercibido
de que se puede escapar

LOURDES EN EL VATICANO



Pio diez se ha mandado hacer
una gruta en sus jardines,
para pedirle el remedio
para ese grano á la Virgen.

El sacris. (Socarronamente.) ¡Lógico, lógico!..

El feligrés Digo yo ..

El sacris ¿Qué dices tú?.. Vamos, habla, que bien se ve que algo llevas en el buche por estorbo..

El feligrés. Hi dicho que gordo es, ¡polaina!.. Y pa eso quiero yo consultále al señor vicario, que ya sabe usted que mos quiere.. Luego, que dicen que más ven cuatro ojos que dos...

El sacris. (Al paño.) Claro; y seis verán más que cuatro.

El feligrés. Diré á usted: si no son míopes.

El sacris. (Ladinamente.) Es decirte.. que tambien soy yo de confianza.. Y si el desahogo tuyó es de tal naturaleza que pueda yo servirte de algo..

El feligrés. ¡Reconcho!.. Si lo que á mí me pasa no le ocurre á hijo de madre en parte alguna del mundo universal!..

El sacris. ¿Esta peor la mula?

El feligrés. ¿La mula? .. ¡quiá!

El sacris. ¡Como la tenías malucha!.. ¿Alguna trastada de tu mujer? .. ¡Como andais siempre á la greña!..

El feligrés. Y lo que vamos á andar. Tóo por culpa del señor médico

El sacris. ¿Qué ha hecho el señor médico?

El feligrés. Amoláme á mí y charrar más que debe.

El sacris. ¿Charrar?

El feligrés. Ya lo creo ¡Ná!.. No se fie usted nunca de las hembras...

El sacris. Vamos, que tú buen pájaro estás hecho.

El feligrés. ¿Pajáro? Buen rocin, diga usted

El sacris. Dime, hombre, dime ..

El feligrés. Lo cosa, ná, si no fuera por la parienta ..

El sacris. ¿Tiene celos, eh?.. Eso me lo temía yo desde que te ví chicollear á esa moza bravía que cogió de criada el tío Quirique

El feligrés. (Haciéndose de miel.) Garrida lo es. Pero .. no hay que fiar en las apariencias

El sacris. (Con creciente interés) ¿Cómo?... Ya os ví el otro día paseando por el huerto...

El feligrés. Del huerto viene tóo ¡recontra!.. Y como ande el señor vicario mucho por allí..

El sacris. El vicario es un santo varon..

El feligrés. Pos no se fie mucho, porque esa ciudadana tienta á Cristo pade.

El sacris. ¡No digas herejías! ..

El feligrés. Pruébelo, siños .. ¡La muy zorrón!..

El sacris. Pero .. ¡acaba!

El feligrés. Ella tié la culpa del conflicto .. ¿No lo ha adivinao usted? ..

(El sacristán se encoge de hombros).

Pos jugando, jugando.. Lo que usted decía del huerto .. ¡Ná! un

menuto de debilidad y ..

El sacris. (Todo oídos y todo ojos) ¿Y qué? ..

El feligrés. (Desalentado y en voz débil) ¡Y la cojera! .. ¡Bueno estoy!

El sacris. (Asombrado) Pero ..

El feligrés. Pero no es eso lo pior Lo pior es que.. ¡claro! ahora .. pos ahora quien va á cojear mesmamente es mi mujer.. Y como el rocin del médico la ha dicho de qué se trata, afigúrese...

El sacris. (Dando un brinco) ¡De modo que.. tu mujer?

El feligrés. Un infierno, le digo á usted que un infierno. (Apurado) ¡No la hi puesto mal adorno, rediez!

El sacris. (Cada vez más pálido) ¿Estás seguro?..

El feligrés. Seguro por el médico ¿No selo hi dicho?

El sacris. ¡Qué animal!..

El feligrés. Tanto como eso.. (Levantándose con dificultad y marchándose) En fin, veo que tarda el señor vicario. Será cuestion de volver.. La cosa, en medio de tóo, ya no tié remedio.. ¡Y el regalito.. le digo á usted que ha sido de pistón!..

(Sale cojeando que es un dolor.)

El sacris. (Viéndole salir, pone una cara indefinible, junta las manos y eleva por fin la mirada al cielo.)

¡Señor, Señor!.. ¿Quién podía presumir eso?.. ¡Cuidado con el muy bruto!..

(Caviloso) Claro es que si su mujer... yo no me libro de la quemá.. ¡Jesús, Jesús!

¡Por dónde me ha de venir á mí el castigo!.. ¿Habrás visto suerte perra?..

(Suenan las campanas, y nuestro personaje las oye sin saber dónde. El taimado de las mismas parece una alusión. Verdaderamente el taimado ha sido un toca campanas. No cae el telón; la boca del escenario permanece abierta como simbolizando una descomunal carcajada.)

DIÉGO DE DÍA.

El triunfo del amor

Cinco años habían pasado desde que el tío *Curro* se quedó solo con su hija, y los cinco transcurrieron sin que sus ojos dejaran de llorar la pérdida de su mujer, de aquella compañera fidelísima que le había prestado su ayuda, dulce y cariñosa, en los afanes de su peregrinación por la tierra.

Al encontrarse en el mundo sin más arrimo ni apoyo que Antonia, si como hija la quisó con cariño idolátrico, ahora que la veía de ama de casa sentía hacia ella todos los amores. Cuando salían á la calle, el tío *Curro* iba mirando receloso á todos lados y experimentaba sacudimientos rudísimos al escuchar que requebraban á su Antonia, y entraba en ganas de arremeter fieramente contra los golosos que rondaban su casa y molerles á palos por atreverse á disputarle su único tesoro.

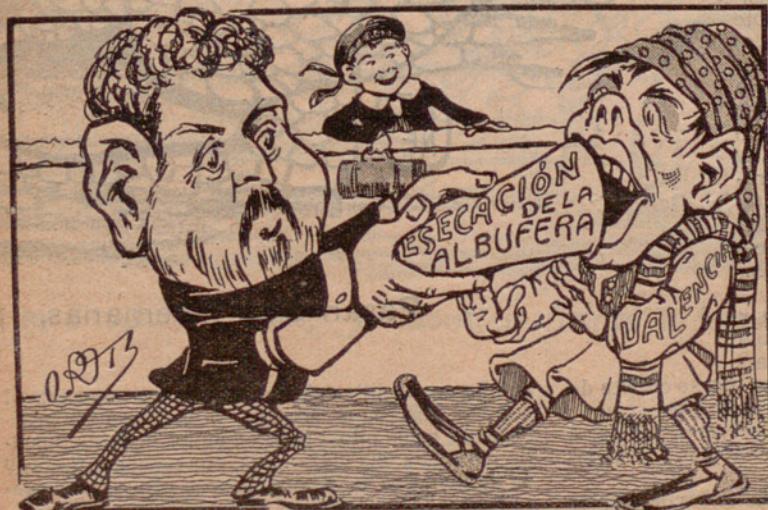
Y se lo dijo á ella una tarde, y se lo repitió muchas veces después:

— Si arguno de esos moscones se arrima á tí y tú le haces cara, y yo noto que me van á quitar lo único que tengo en el mundo... haré lo que no hice nunca, lo que en jamás de los jamases pasó por mi moyera: matar á un hombre.

Y decía esto con tal firmeza y energía que Antonia llegó á tenerle miedo y le contestaba para aplacar sus nervios irritados:

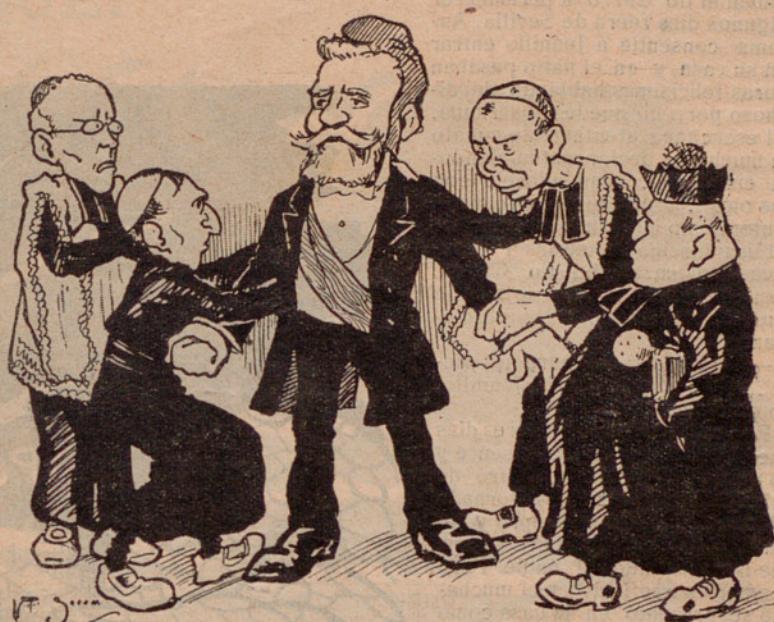
— ¡Pero, padre, si yo no quedré nunca á naide más que á osté!

PREPARATIVOS



— Toma y calla.
— Será si quiero.

EN FRANCIA



No era aquello verdad; como buena hija de Andalucía estaba dotada de corazón inflamable y alma ardiente.

Y amaba; amaba con todas las fuerzas de su alma joven, con amor exclusivo y único, y estaba resuelta á sacrificarse por su novio si las circunstancias así lo exigían.

Antonia tuvo el acierto de poner su corazón en buenas manos. Juanillo resultaba merecedor de la encantadora niña; honradote, trabajador y bueno como el pan, era capaz de hacer la felicidad de la más exigente. A más, si Antonia le amaba, él correspondía cumplidamente á aquel amor.

Cuando hablaban apasionadamente por la reja, á altas horas de la noche, aprovechando el sueño profundo y confiado del tío *Curro*, Antonia había dicho muchas veces:

— ¡Si mi padre supiera que te quiero con toa mi alma nos mataba á los dos!

El, entonces, manifestaba los deseos que tenía de hablar seriamente con el tío *Curro* y de ponerle de manifiesto todo lo que sus corazones sentían, enterándole de la honradez de sus intenciones y de la firmeza de sus propósitos, para acabar por pedirle la mano de Antonia con todos los respetos que el caso requería. Pero la muchacha, que conocía de sobra las intenciones de su padre, respecto al particular, le rogaba que nada dijese si en algo estimaba la tranquilidad de los dos.

Cuando asuntos urgentes obligaban al tío *Curro* á permanecer algunos días fuera de Sevilla, Antonia consentía á Juanillo entrar en su casa, y en el patio pasaban horas felicísimas hablando del dichoso porvenir que les aguardaba. El escuchaba atentamente cuento la muchacha decía, contemplándola embobado, comiéndosela con los ojos... Y de cuando en cuando Antonia, no pudiendo apartar de su imaginación las serias y energicas amenazas del tío *Curro*, temblaba, pero más por Juanillo que por ella misma, y solía exclamar:

—¡Mía que si mi padre nos viene!.., ¡No quíó pensarlo, Juanillo, no quíó pensarlo!..

Fué un domingo. Hacía tres días que el tío *Curro* estaba ausente y no debía volver hasta dentro de ocho. Al despedirse había tornado á las amenazas de siempre y había vuelto á recomendar á su hija que no diera oídos á nadie. Pero el amor es irreflexivo y el muchacho se presentó en la casa como de costumbre. Iba engalanado con el traje de las fiestas y daba gozo mirarle con su cara recién afeitada, su camisa limpia con bordados en la pechera, su chaquetilla corta y su pantalón de talle. Llevaba el cigarro puro en la boca y andaba gallardamente, taconeando con energía, como satisfecho de sí.

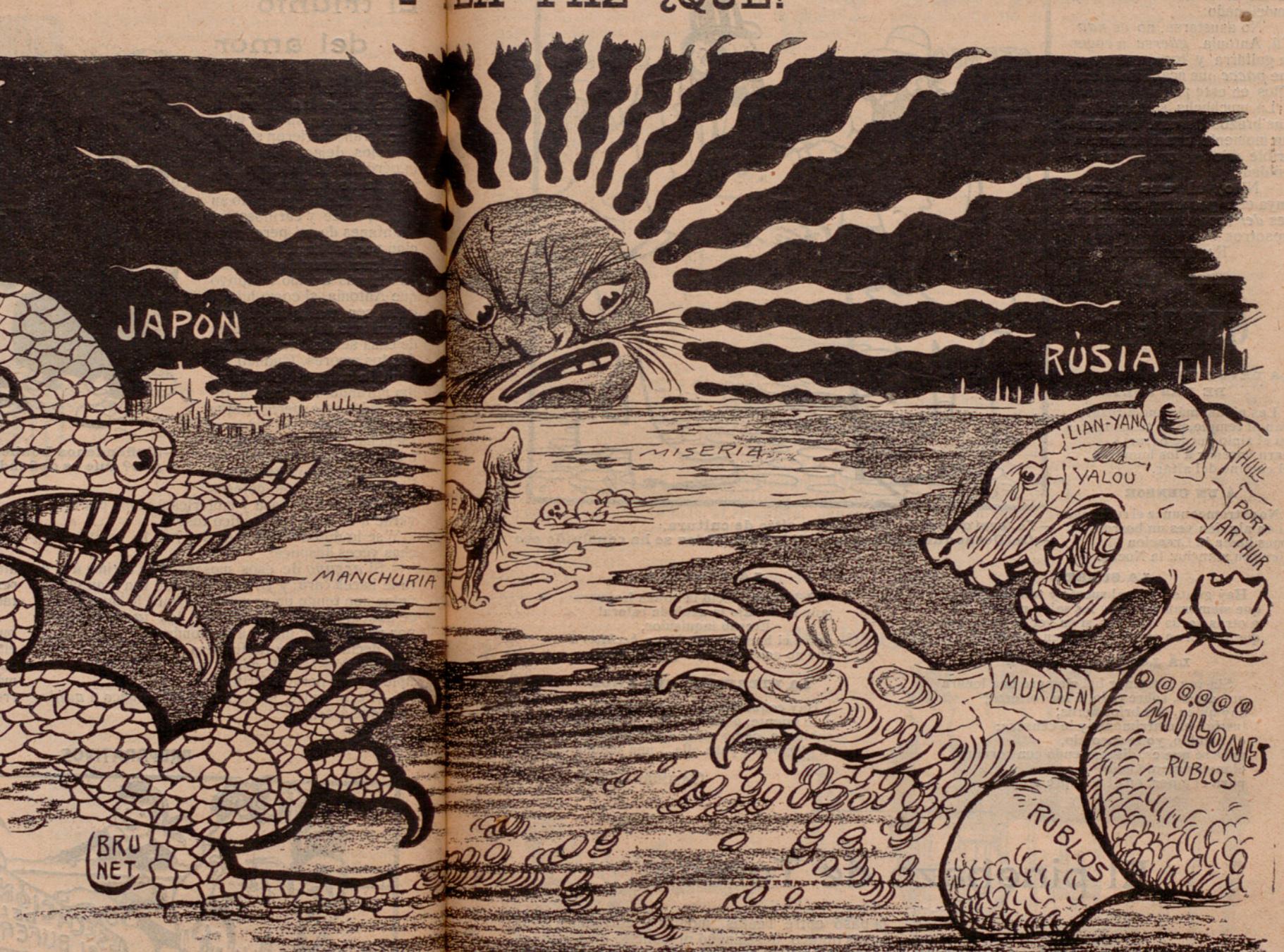
Fueron al patio. Envueltos por los mágicos perfumes de las acacias y de los clavetes tempranos, que abrían sus hojas rizadas á la fecundante caricia del sol; rodeados de flores, escuchando el murmullo confuso de la ciudad, sentían estallar sus pechos de pasión.

Antonia, encantadora siempre, adornada la cabeza de flores, tuvo la idea de tocar un rato la guitarra, y lo hizo suavemente, mientras sonreía á Juanillo, invitándole á cantar, pero quedó, muy quedo, para que los vecinos no se enterasen. Las breves y ágiles manos de la niña arrancaban á la guitarra notas dulces y melancólicas, como suspiros, que el viento recogía y se llevaba entre los suaves aromas del patio. El entonaba cantares apasionados, y su voz, modulada con delicadeza, entrábale á Antonia por los oídos, produciéndole delicioso cosquilleo.

Y así, olvidados del mundo, sin pensar en nada que fuese ajeno á aquel momento, dirigiéndose ardientes miradas.,, no pudieron darse cuenta de que alguien había entrado en la casa y les veía.

Era el tío *Curro*, que, en sus prisas por llegar á Sevilla al lado de Antonia, había dejado sus negocios resueltos á medias.

Al asomarse á la puerta del patio y contemplar la escena que en él se desarrollaba experimentó un rudo sacudimiento y sintió que la sangre arre-



Pasan días y semanas,—pasan.—Y la situación igual,—y nosotros frente á frente.

bolaba sus mejillas. Apretó los puños con rabia al ver á su hija con un hombre, y quiso avanzar bruscamente hacia ellos; pero en aquel instante Juanillo entonaba una vieja copla con pasión infinita, y se detuvo. Por su cabeza pasaron procesionalmente recuerdos muy dulces de tiempos muy lejanos. La rabia iba dejando paso á una emoción profundísima que humedecía sus ojos.

Recordó su juventud feliz, cuando *ella*, la muerta inolvidable, era, como Antonia, una morena ardiente que se hubiese dejado matar por él; recordó sus amores fervorosos, que á nada hubieran cedido, y á su memoria vinieron escenas llenas de ternura, como aquella que veían sus ojos, en las que había representado el papel principal; acordóse también de Antonia niña, correteando

por el patio, mientras ellos reposaban al anochecer de los días calurosos..

Entró en el patio casi tambaleándose de emoción. Antonia, al verle, lanzó un grito, poniéndose muy pálida y dejando escapar la guitarra de las manos; Juanillo se puso en pie con viveza, como quien se apérce á la defensa.

Pero en lugar de la escena violenta que agu-

daban, el tío *Curro* dijo muy emocionado:

— No asustarse, no es *naa*. Tú, Antonia, güeríe á coger la guitarra y toca; toca, que me *paece* que acaba de entrar Dios en este patio

La muchacha se arrojó en sus brazos llorosa. Y pasado un momento, aquel hombre terrible dijo á Juanillo con humildad:

— Niño, tú eres *güeno*. . . tuya es... pero... no me la quites *der too*; vente á vivir con nosotros

RAFAEL RUIZ LOPEZ

GRAJERA

LA DEVOCION DE LAS SOLTERAS

Las niñas, más que á rezar, van al templo, y no te asombres (si el ripio puede pasar), para enseñar á los hombres el camino del altar.

Á UN CENSOR

No extremes nunca el reproche si en alguien ves un borron, pues hasta la Creacion tiene su mancha: la Noche.

LA SUERTE

Hay gentes con tal suerte y tan dichosas, que siembran berzas y les salen rosas; y otras verás también, si en ver te esfuerzas, que siembran rosas y les salen berzas.

LA LOCURA DE AMOR

Sin ver qué amor fué siempre una locura que ataca, sobre todo, á los solteros, hay quien, con bríos fieros, fustiga el matrimonio y le censura; en cambio, yo le encomio, pues sé que es, discurriendo con cordura, el mejor manicomio para el amor; en él siempre se cura.



— Yo, creí que el *Ateneo* era un sitio de cultura,

— ¡Cal! Desde que mangonean allí los clericales se ha concluido eso

LA HOGUERA

Del Santo Oficio la rojiza hoguera jaún arde bajo la azulada esfera!

Eterno inquisidor, no ve el hombre una joven hechicera que no condene al fuego del amor.

LA ETERNIDAD DEL AMOR

Hay coqueta que amor eterno jura, y no miente; á mí ver, la casquivana sabiendo, como sé, que solo dura la *eternidad* para ella... una semana.

CASIMIRO PRIETO

El pinchazo de Teresa

I.

Cuando yo conocí á don Benigno, capellan de las Escolapias de C., ya no era ni su sombra. Estaba envejecido, temblón, encorvado y solo conservaba de sus buenos tiempos la afición á las faldas, que habían hecho la delicia de su árida vida clerical, endulzando todas sus amarguras. Don Benigno valía un imperio y jamás la sotana le impidió la realización de la más mínima aventura amorosa. «Cuanto más se quiere á Dios más debe uno arrimarse á las criaturas que son obra suya—solía decir—, y como la mujer es la obra más perfecta de Dios á ella debemos arrimarnos de un modo especial» Y en verdad que él predicaba con el ejemplo, pues toda su vida de clérigo

la pasó entre beatas, monjas y colegialas, pues jamás obtuvo, desempeñó ni solicitó otro empleo que el de capellan de monjas; pero no así, de monjas á secas, sino de monjitas que educaban niñas, que tuviesen colegio, pues las colegialitas, con su virginal candidez, eran el encanto de don Benigno

II.

Don Benigno se despepitaba por aquellas tieras florecillas colocadas en los atrios del Señor; pero ellas no se despepitaban menos por don Benigno. Y no sin razon, porque el buen cura no solo era su capellan sino su amigo, su confidente, el cómplice de sus diabluras, su defensor con las monjas, y hasta su iniciador en los misterios de la

coquetería, pues más de cuatro veces se había prestado á llevar una cartita oculta al correo á cambio de que los labios purpurinos de alguno de aquellos ángeles rozase en su rostro morenucho. Además era todo un estuche de habilidades, entre las que sobresalía la de saber hacer punto de *crochet* cien veces mejor que sor Eulalia, que era un prodigo en esta labor. Nadie sabía dónde demonios podía haber aprendido don Benigno aquel trabajo femenil tan poco en armonía con su gusto é inclinaciones. Pero lo cierto es que lo sabía y que el ganchillo entre sus dedos corría y volaba tejiendo los hilos en artísticas y caprichosas figuras que las colegialas contemplaban con la boca abierta, mientras él reía como un bendito sintiendo su perfumado aliento acariciar su cara agitanada y roja de hombre célibe bien alimentado. La mejor hora para don Benigno era la del recreo de la tarde, cuando después de las clases las colegialas salían á correr por el jardín un par de horas mientras las monjas tomaban chocolate. Allí veríais á mi buen cura rodeado de las colegialas, como gallo cebado, reír y juguetear con ellas, dando á esta un pellizco, á la otra un empujón, á la de más allá haciendo cosquillas y retorciendo con todas. Algunas veces la meliflúa superiora, sor Dionisia, contemplaba desde la galería del claustro alto tan bello espectáculo y decía á las demás monjas:

—Este hombre tiene un carácter angelical; miradle: parece un niño.

Allí se jugaba á los bolos, al volante, á la gallina ciega, que siempre hacía don Benigno, dando fuertes achuchones á la chica que cogía, á las cuatro esquinitas, y sobre todo al escondite, que era el juego predilecto de don Benigno.

El curita se arrimaba de cara á la pared.

Las colegialas, como mariposas alocadas, corrían á esconderse por los rincones del jardín, unas detrás del pozo, otras tras los rosales, mu-

chas tras las columnas del claustro, y las más atrevidas en la gruta de la cascada. Don Benigno con el rabillo del ojo espiaba todas estas maniobras.

Se oía una palmada.

El capellán salía disparado como un lebrel hacia el escondrijo que más le gustaba, generalmente era la gruta, y siempre se daba la casualidad de atrapar á la colegiala más bonita y juguetona, la cual chillaba y reía como una loca, saliendo de la gruta azuzada por las manos de don Benigno, colorada como la grana, sofocada y con el uniforme descompuesto.

Cuando al cura le tocaba esconderse, nunca lo hacía solo, y, muy pegadito á su compañera, le decía:

—No chilles, no te muevas, que así no nos encontrarán.

En fin, que tenía mucha razon la superiora sor Dionisia. Don Benigno tenía un carácter angelical: parecía un niño.

III.

Teresa era una colegiala valenciana, con más sal que hay en Torrevieja; estaba afligida porque no sabía hacer una estrella de *crochet* que le había dado por modelo don Benigno.

—¡Pero, tonta, si es muy sencillo! Mira, ¿ves? así —decía el capellán guiándole los dedos.

—¡Qué rabia! ¿Ve usted? No me sale.

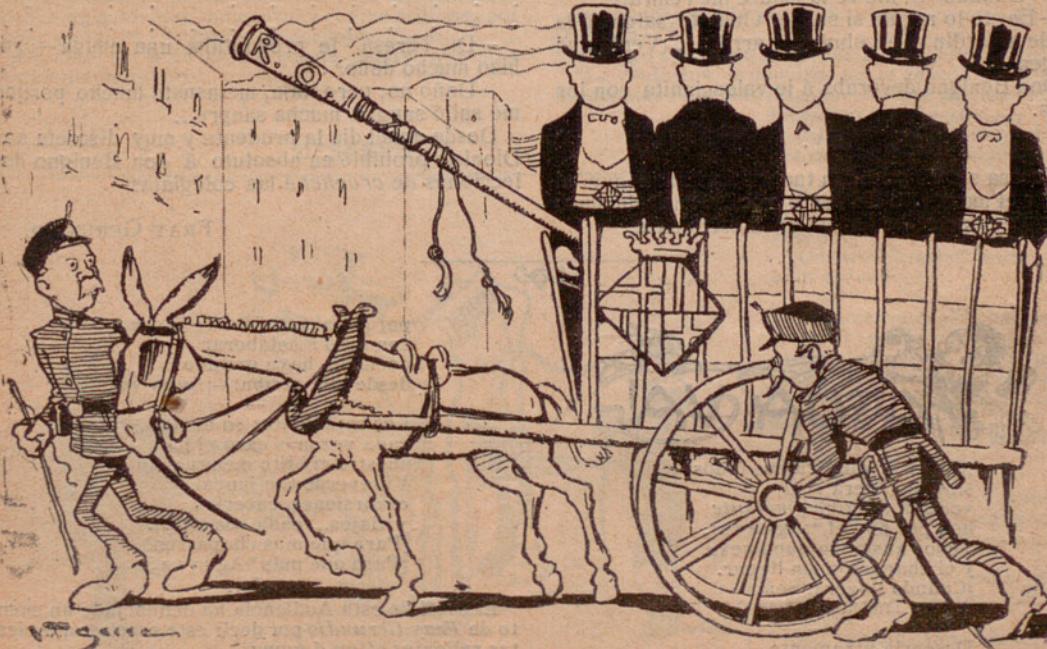
—¡A ver ese ganchillo!... ¡Hija, si éste es muy malo, está medio torcido!...

—Pues no tengo otro.

—Yo tengo uno de marfil muy bonito que casi trabaja solo; lo traje de Lourdes. Abajo, en el mango, tiene un cristalito, y lo miras y se ve una virgen grande, grande, rodeada de ángeles.

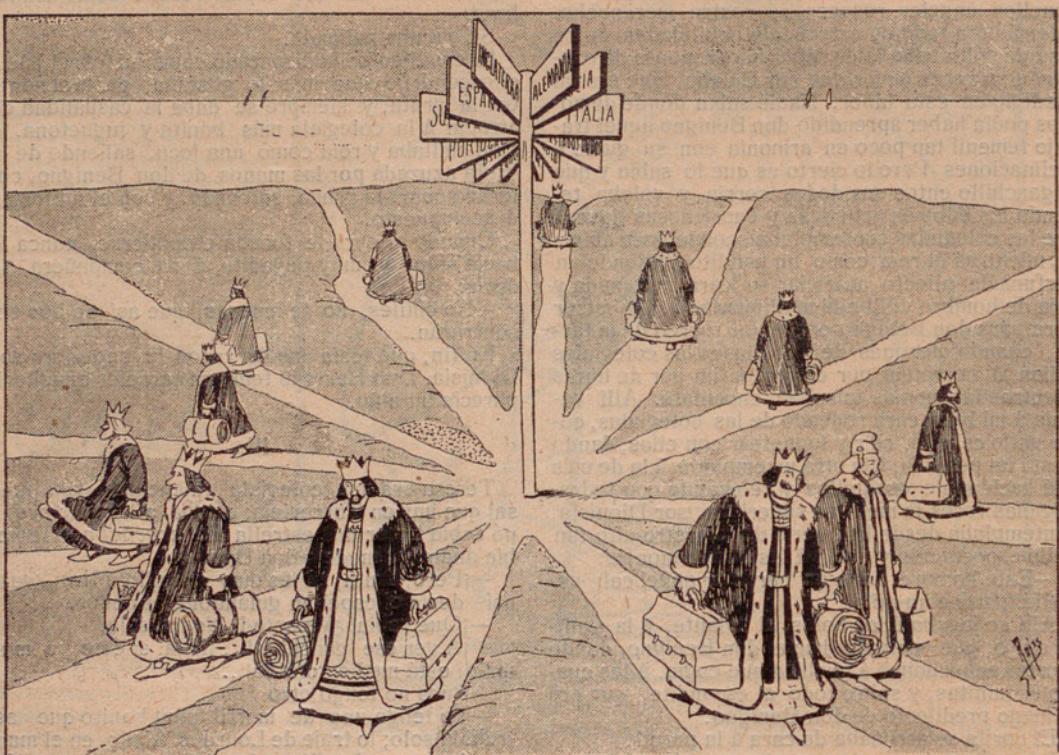
—¡Ay! Yo quiero verlo...

Una inauguración



Por algunos se asegura
que así se inaugurarán
los carros de la basura.

Fiebre real



¡A VIAJAR TOCAN!

—No, no quiero; me lo pedir a sor Eulalia. Aquí no; si subes á mi cuarto te lo enseñaré.

—¿Cuándo? Si me ve la madre me reñirá,

—Ea, te lo regalo si subes. Cuando salgas á la tarde al jardín te escabulles y arriba... ¡Verás qué virgen!...

Don Benigno devoraba á la valencianita con los ojos.

IV.

Teresa subió; pero iba tan atolondrada que al coger el manguillo de marfil recibió un pinchazo terrible que la hizo dar un grito estridente.

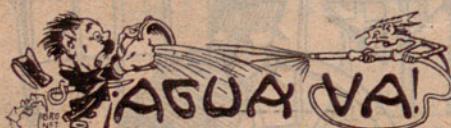
Las monjas y las colegialas acudieron asustadas.

—Dí, Teresa — le preguntaba una amiga —; ¿te hizo mucho daño?

—Daño no; pero, hija, me asusté mucho porque me salió sangre, mucha sangre...

Desde aquel día la prudente y muy discreta sor Dionisia prohibió en absoluto á don Benigno dar lecciones de *crochet* á las colegialas.

FRAY GERUNDIO.



¡Qué más quisieramos todos sino que fuera real, verdad, tangible, *mojante* hoy por hoy el "¡Agua va!" Todos ansiando que llueva y el chaparrón sin llegar. ¿Cuándo lloverá, Señor? Señor, ¿cuándo lloverá?

Desearía vivamente que lo que escrito está ya cuando se publique haya perdido la actualidad,

porque al fin el Padre Eterno, conmigo á colaborar decidido, haya gritado desde allá arriba: —¡Agua va!

Los estudiantes en huelga, cada vez más caro el pan, nuestro crédito menguando, Villa verde tan juncal, excursiones, cacerías y viajes... cada vez más... ¿Para qué más chaparrón? ¿Para qué más "Agua va"?

El fiscal de esta Audiencia ha denunciado un cuento de Fray Gerundio por decir este escritor que ciertas reliquias *olian á goma*.

Pues si llega á decir á lo que huelen ciertas togas le cortan la cabeza.

Aseguran por ahí que los de la Defensa Social se jactan de tener en un puño á toda la curia de Barcelona.

No sería difícil: hay en ella gente de tan poco volumen que en cualquiera parte cabe.

Mientras se persigue á *Fray Gerundio* por revelar una inofensiva escena de convento, en Miranda un misionero de los Sagrados Corazones ha violado á un niño de once años, hijos del industrial don Castor Escudero.

¡Bien se conoce que en Miranda no hay Defensa Social!

Porque si la hubiera, á estas horas el niño Escudero estaría en posesión de la cruz de Beneficencia. Por higiene monacal.

Por los cafés venden tarjetas con unas figuras que se ponen en movimiento tirando de un cordóncito, espectáculo que levantaría... el estómago del fiscal si lo viese.

Y en ellas se ven frailes y monjas *al natural*. Y se venden que es una bendición y sin tropiezo.

Es claro: ¡cómo no van firmadas por *Fray Gerundio!*...

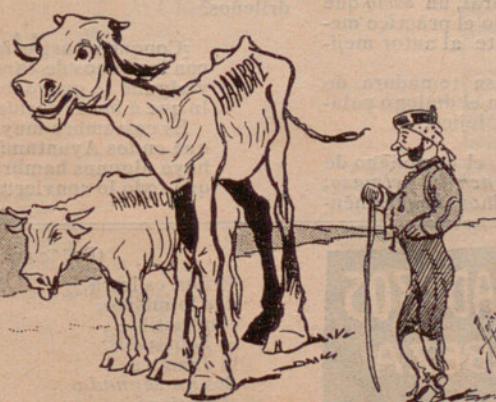
**
¡Que se marcha Ugarte!
¡Que se va Besada!
¡Que Alix va á otra parte!
¡Que no pasa nada!
¡Que el Gobierno pierde
al fin don Raimundo!
¡Que está Villaverde
hasta el fin del mundo!
¡Que los estudiantes
tiran á Lacierva!
¡Que, lo mismo que antes,
su puesto conserva!

**
¡Esto es mucho cuento!
¿Me enrabio? ¿Me río?
¿Me alegro? ¿Lo siento?
¿Quién me compra un lío?

Dice Bonafoux que la bailarina rusa Krzcesinkaia obtuvo un palacio monumental y cuatro millones por haber tenido el alto honor de desfilar al zar.

¡Diantre! De esto sí que puede decirse que cada gota vale un millón.

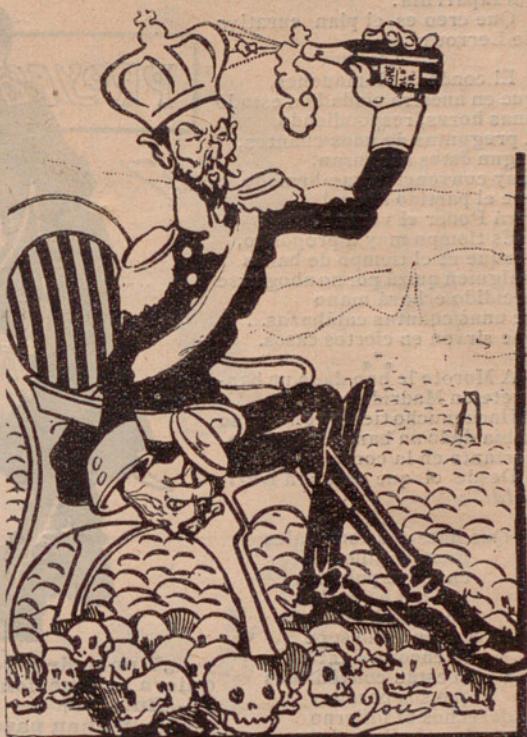
DESARROLLO



VILLAVERDE.—¿Sabe usted que ha crecido una barbaridad el ternero? Es mayor que su madre.

EL ANDALUZ.—No es lo malo que crezca, sino que empieza dar cornadas.

INTENTO DE SUICIDIO?



¡Y cá...! Si fué el estampido de una botella de champagne en honor de las víctimas.

Lacierva quiere tambien hacer reformas en la enseñanza.

Es la monomanía de todos los ministros de Instrucción.

Y luego empiezan los preámbulos de sus decretos:

“La confusión producida en la enseñanza por las numerosas reformas introducidas por mis dignos antecesores me obliga á...”

.....introducir otra para que sea mayor la confusión.

Todos se creen con capacidad para disponer cómo se ha de enseñar.

¿Cuántos de ellos habrán sabido aprender?

Si Lacierva se propusiera introducir en la enseñanza las asignaturas por él mejor aprendidas y practicadas, no faltarían en el nuevo plan las siguientes:

Arte de ganar pleitos en la Audiencia de Murcia.

Cucología.

Procedimientos electorales no comprendidos en la legislación.

Caciquigrafía ó arte de hacer política de campanario.

Termodinámica para poder apreciar cuál es el sol que más calienta.

Y... algunas otras.

**
“El volcán Trasponi se halla en plena erupción.”

Es natural. La primavera médica.

Estamos en el tiempo de las erupciones.

Que lo purguen y despues
zarzaparrilla.

Que creo es el plan curativo
de Leroux.

El conde de Romanones,
que en nuestra ciudad ha estado
unas horas, respondiendo
á preguntas de unos cuantos,
según éstos aseguran,
muy convencido ha afirmado
que el partido liberal
será Poder el verano.

Es tiempo muy á propósito,
porque es el tiempo de baños
y alguien quizá por no ahogarse
decidido echará mano
de unas cuantas calabazas...
que sirven en ciertos casos.

A Morote le han dado un ban-
quete en Madrid.

Hace mucho tiempo que no se
había dado un banquete tan im-
portante en la corte.

Desde el que se dió á Garibaldi.

Que nuestros concejales
gasten millones
en darse paseitos
por ahí en coche
no es nada extraño
ni cuando yo lo supe
lo encontré raro.
Como están convencidos
que sus pecados
derechos al infierno
han de llevarlos,
dirán los pobres:

—Ya que nos lleve el diablo,
que sea en coche.

¡Pero esos autores de Madrid!

Ahora resulta que un escritor mexicano envió á
Granés una parodia de *La Tosca*, titulada *La Mosca*,
... á los pocos días Granés estrenaba *La Fosca*,
coincidiendo hasta en los nombres de los personajes
con la parodia mexicana.

Aun hay que agradecer á Granés que haya coinci-
do con autores mexicanos.

Y eso que ya me figuro por lo que es: porque ya
no habrá inocentes en España que manden obras al
maestro. en coincidencias.

En esa Sociedad de bombos mútuos que se estila
por la corte no ha faltado, es natural, un socio que
salga á la defensa de Granés, usando el práctico
medio de tomar el pelo desdenosamente al autor me-
jicano.

¿Y saben ustedes en qué funda su tomadura de
pelo? En que el mexicano emplea en el diálogo pala-
bras de las usadas vulgarmente en Méjico.

—Vaya un castellano!—exclama.

Y habría que preguntarle cuál es el castellano de
Granés y comparsa cuando dicen *gacholi*, *pelmazo*,
pitorreo, *la vérvida!* y otros términos, seguramen-



—¿Y no podría yo tomar parte en estos proyectos de enlace? Si
quiero la experiencia... ¡He tenido tantos...!

—¿Enlaces?

—No; no han pasado nunca de proyectos.

te entresacados del *Quijote* ó de las *Novelas ejem-
plares*.

Entre unas cosas y otras, en Méjico se han decidido á declarar la guerra á los autores españoles.

Y parecen dispuestos á silbar todo lo que llegue allí
de la Sociedad de Autores.

Por ahí se empieza.

Si cunde el ejemplo y en América les cierran las
puertas y en las capitales de España empiezan á
comprender que no hay razón para que les hagan
tragar chulos madrileños á todo pasto y que cada
región puede tener su teatro... ¡veremos lo que ha-
cen los soberbios autores de Madrid!

¿Qué cara pondrán cuando empiecen á disminuir
los derechos, verdadero *ideal* de estos artistas ma-
drileños?

¿Conque se negocia
con los bonos de carne y de gallina
y alguno se guardaba
lo que á hacer caridades se destina?

Es costumbre muy rancia
que en los Ayuntamientos
haya algunos hambrientos
que todo lo conviertan en sustancia.

(De Comenencias)

Prima es letra,
dos lo mismo,
combustible
es prima dos;
la dama es
dos un segunda
si no tiene
religion.

Si á caballo
me paseo
voy al tres
prima no más,
y en el todo
me recreo
y proporciono
solaz.



CHARADAS

(De *El Mero*)

Mi segunda consonante
y mi primera vocal;
un guarismo dos tercera
y mi todo mineral.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

(De Luisa Guarro Mas)

CHOP

PROBLEMA

(De Domingo Ruiz)

Se ha gastado cierta cantidad en un banquete. Si hubiese habido cinco invitados más y el gasto por individuo hubiera sido de 3 pesetas menos, el banquete habría costado 43 pesetas más; pero si hubiese habido tres invitados menos y el gasto por cabeza hubiese sido menor de 2 pesetas, el banquete habría importado 82 pesetas menos. ¿Cuántos individuos había y cuánto costó a cada uno?

CHARADA RÁPIDA

(De Fernando Carné)

Negación, nota musical, artículo; *total nombre de varón.*

ADIVINANZA

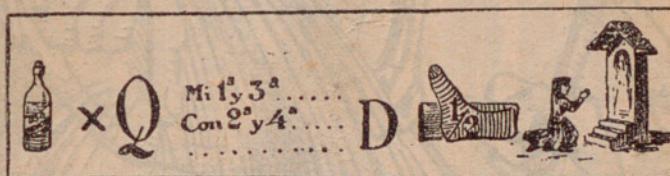
(De Tirso Baldrich.)

¿Cómo lo haría el lector para subir a un naranjo con naranjas con intención de comer naranjas y dejar el naranjo sin naranjas no habiendo comido naranjas?

FRASE HECHA



JEROGLÍFICO



SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 25 de Marzo)

Á LA CHARADA: Relamido

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO
Sola y desconsolada

A LA TARJETA
Santa Coloma de Gramanet

A LA CHARADA EN ACCION
Aventajadas

A LA CADENETA

LOT
OSA
TARRO
ROS
OSADO
DON
ONEGA
GAL
ALTAR
AMA
RAMON
ORA
NACAR
AVE
REINA
NOS
ASILLO
LIS
OSO

AL PROBLEMA

Según los deseos del testador, el niño debía heredar las dos terceras partes de sus bienes y una parte de la madre; de esto se deduce que el varón había de recibir patrimonio doble que el correspondiente á la madre. Por otra parte, el testador quiso que en el caso de alumbramiento de una niña la madre tuvie-

ra las dos terceras partes y la hija una, de lo cual se desprende que la parte correspondiente al varón debía ser doble de la de la madre y la parte de ésta doble que la de la niña.

AL ROMPE CABEZAS

Q	U	I	E	N	A
L	C	A	L	I	D
E	L	O	S	O	E
R	S	C	H	U	P
E	B	N	L	A	O
F	A	R	I	A	L
M	A	N	D	C	E

Han enviado soluciones. — A la charada: Francisco Masjuan Prats, «Començaments», «El Mero», Alejandro Junguitu (de Vitoria), A. Solís (de Valencia), Mariano Torras, L. Magaz, «Un tendero de Sans», G. N., Manuel Roig, M. Rosich (de Gerona), Ramon Tordesillas (de Madrid), «Dos estudiantes» y J. de M.

A la tarjeta: Francisco Masjuan Prats, «Rumbós», «El Mero», Alejandro Junguitu, «Dos estudiantes», Anastasio Manzanares (de Madrid), Antonio Zubizarreta (de Bilbao), Lorenzo Arotas (de Valencia), M. Llinás (de Tarrasa), J. Puigol, Andrés Llopis y «Un graciense».

A la charada en acción: Luisa Guarro Mas, Alejandro Junguitu, J. Miquel (de Valencia), Emilio de Bidegain (de Bilbao), Ambrosio Parés, Francisco Masjuan Prats, «El Mero» y Joaquín Rodés.

A la rompe-cabezas: Alejandro Junguitu y «El Mero».

A la cadena: Francisco Masjuan Prats, «El Mero» y Alejandro Junguitu.

A la problema: Alejandro Junguitu y Francisco Masjuan Prats.

LAS ROGATIVAS



Los obreros del campo, por su mal,
sueñan con *El Diluvio*... universal.